

mármol. A trechos se perciben algunas lontananzas en aquella tan inmensa como triste llanura, paisaje de arenales áridos ó verdes hierbajos donde pacen los rebaños de búfalos. Más allá, hacia el Oeste, se ven hasta Hué las montañas de Anam, que casi se pierden entre las nubes. Por el Este, la mar, cuyo sordo ruido llega á nuestros oídos rompiendo el silencio; esa mar de la China perpetuamente movida por las olas, bajo el oscuro celaje, á modo de lienzo plateado que tiembla sin cesar.

Dimos con un pórtico, por debajo del cual pasa el camino; concebido en estilo soñador, con los adornos de siempre, cuernos y grifos, forma tangible de un misterio.

Tantos siglos han transcurrido desde su construcción, que la convirtieron en cosa parecida á la montaña. Multitud de puntos grises que se levantan acá y allá son del mismo mármol y de la propia edad. Ese pórtico, en fin, es la entrada de regiones extrañas que no quieren darse á conocer....

—Lee-Loo, ¿estamos ya en la puerta de la pagoda que venimos á visitar?

Lee-Loo sonríe y dice:

—Sí; la montaña es la pagoda; la montaña que pertenece á los espíritus; la montaña está encantada. Bebamos, bebamos más *sam-chú*.

Y llena de alcohol de arroz nuestras tacitas pintadas, que nos presenta un criado amarillo.

Después del pórtico se abren dos caminos ante nosotros, uno que baja y otro que sube, y ambos van á morir en revueltas misteriosas, hasta dar en las rocas grises. Estas dos vías están talladas en el mármol vivo, como encajadas y ahogadas por las raras y magníficas plantas del país; las dos con igual tono de color y tapizadas constantemente de las rosas silvestres que allí nacen.

Lee-Loo, verde y naranja, parece vacilar, y á poco toma resueltamente el camino de la derecha, que es el camino que baja. Y de este modo entramos en el país de los encantamientos subterráneos.

La montaña es la pagoda. Un pueblo entero de ídolos terribles habita las cavernas, y las entrañas de la célebre montaña están concurridas, reposando en los profundos retiros infinidad de encantos; encarnaciones budhistas y otras aún más

antiguas cuyo sentido desconocen los bonzos.

Los dioses, de tamaño natural, se mantienen de pie, resplandecientes de oro, con sus ojazos enormes y feroces, ó como durmiendo agrupados, entornados los ojos y sonriendo con sonrisas de eternidad. También los hay completamente aislados, inesperados en algún ángulo apartado y oscuro; á diferencia de los que se hallan en inmensa compañía, á la redonda sentados en trozos de mármol, en aquella sombra verde de las cavernas. Parecen inquietos en su fisonomía y su actitud como si celebraran consejo; pero todos con la misma cogulla de seda roja, bajada sobre los ojos para ocultarse y sólo enseñar la sonrisa: si se pretende verlos, es preciso levantársela.

Los dorados, los colores chinos de sus trajes han guardado una frescura espléndida, y son, sin embargo, muy antiguos, hasta tal punto, que la seda de las cogullas se halla roída de gusanos. Verdaderas momias, admirablemente conservadas.

Las paredes de sus templos son las rocas de mármol primitivas, festoneadas en estalactitas,

grieteadas al azar por todos los movimientos de la montaña.

Luego, abajo, muy abajo, en las últimas cavernas se encuentran otros dioses que carecen de colorido, cuyos nombres se ignoran, con estalactitas en la barba y máscaras de salitre. Estos son tan antiguos como el mundo; vivían ya cuando nuestro Occidente era aún la selva virgen y fría del oso grande y del grande rengífero. Las inscripciones que se leen á su alrededor no son chinas, sino trazadas por la mano de los primeros hombres pertenecientes á las eras anteriores á todas las conocidas; los bajos relieves también de antes de la época tenebrosa y oscura de Angor. Dioses antediluvianos, incomprensibles, venerados por los bonzos y perfumados de incienso.

El misterio solemne de esta montaña consiste en haber sido consagrada á los dioses y objeto de adoraciones sin fin desde que en la tierra existen seres que piensan.

¿Quiénes hicieron esos ídolos de abajo? ¿Eran siquiera parecidos á nosotros? ¿Vivían más entre tinieblas esos primeros hombres á cuyo alrededor

el mundo respiraba juventud? ¿O veían más claramente á Dios, á menos distancia de la que lo vemos nosotros con nuestros apagados ojos? Recientemente derivados de Él, tal vez tuvieran alguna razón para escoger estos lugares y adorarle en ellos,.... Quizás sabían lo que hacían dándole múltiples brazos, formas sensuales y como hinchadas por todos los jugos de la vida, esos rostros que nos confunden, á Él, el incomprensible que diez mil años antes de crear en la pálida luz dulce nuestro Occidente cristiano, engendraba los gémenes admirables del Asia y la había hecho lo que ha sido: exuberante, lasciva, colosal, monstruosa.

.....
 Cuando salimos de los subterráneos y llegamos al pórtico de arriba, dije á Lee-Loo:

—Es muy hermosa la gran pagoda.

Lee-Loo, sonriendo, contestó:

—¿La gran pagoda?..... aun no la has visto.

Y tomamos á seguida el camino de la izquierda, que es el que sube.

Siempre los escalones de mármol, la alfombra

de flores, los amaryllis, los grandes y raros helechos. Cuanto más se avanza por este camino, las rosas se vuelven más pálidas, las plantas en general más endebles, y sin embargo se disfruta la más profunda frescura.

Sobre estas especies de flechas de mármol que pesan por encima de nuestras cabezas, los mones de pelo realmente salvaje se presentan colgados por todas partes, siguiéndonos con la vista, curiosos, agitados, con visajes de viejos.

Y otro pórtico de estilo desconocido nos detiene, que no se parece al otro, extraño también, pero diferente.

Sencillo es en verdad, mas no puede definirse su especial sencillez jamás vista; viene á ser como la quinta esencia y la última palabra del asunto. Parece una puerta del *más allá*, y que este *más allá* es la nada de la eterna tranquilidad. ¡Qué formas tan vagas enlazándose de un modo enteramente místico, sin principio ni fin! Eternidad sin sufrimiento ni dicha, eternidad buddhista, aniquilamiento solamente y paz en la nada absoluta.....

Dejamos el pórtico, y las paredes más y más

juntas llegan hasta unirse sobre nuestras cabezas. Los monos han desaparecido todos al mismo tiempo, corriendo, como sabiendo á donde íbamos y adelantándose por un camino que ellos conocían para estar ya allí cuando llegáramos.

Nuestros pasos resuenan sobre las escaleras de mármol con ese especial eco de los subterráneos.

Andábamos por una bóveda baja que se forma en el mismo corazón de la montaña y en la profunda obscuridad que nos rodea.

Esto es la noche; pero después una extraña claridad nos deslumbra, que no se parece á la del día; luz verdosa, como fuego verde de Bengala.

—¡ La pagoda! — exclama Lee-Loo.

Véase: una puerta irregular, adornada de estalactitas, se abre á nuestro paso á la altura media de la del edificio gran santuario, formado precisamente en el corazón de la montaña, caverna profunda de paredes de verde mármol. Los cimientos se hunden en una especie de penumbra transparente que se asemeja al agua marina, y allí en lo alto existe un agujero por donde se asoman y nos miran los monos y de donde arranca

un foco de luz de inexplicable tinte, como si se penetrara en una inmensa esmeralda atravesada por rayo de luna.

Los pagodas, los dioses, los monstruos que allí residen, en aquella gruta subterránea, en aquel misterioso relámpago verde de apoteosis, tienen todos resplandecientes colores como de cosas sobrenaturales.

Bajamos luego despacio por una escalera que guardan cuatro horribles dioses sentados sobre figuras extrañas. Delante de nosotros hay dos pequeños templos pintados de azul celeste y rosa, que se levantan como viviendas encantadas de los genios de la tierra. Y en una grieta se halla metida cierta colosal divinidad, con mitra de oro, también sentada y sonriente. Por encima de estos templos y de estos ídolos, la bóveda de mármol se cierne como velo gigantesco de mil y mil pliegues, siempre del color verde.

Aquellos dioses de la escalera nos miraban, no á derechas, con sus grandes ojos falsos y feroces; riendo con la boca abierta hasta las orejas y espantosamente, dejándonos pasar como si se arri-

maran á las paredes, como si tuvieran necesidad de contener sus bestias, sus monturas, que hacen á su vez visajes de tigre.

Y en la cima de la gran cúpula, al borde del agujero de que arrancan los rayos verdes, los monos se sientan con las manos y las colas al aire entre las lianas, observando también si vamos ó no á entrar.

Descendimos, sí; pero vacilantes, con involuntaria lentitud, presa de no sé qué especie de horror religioso indecible y desconocido.

A los últimos escalones de mármol empieza á sentirse un frío subterráneo, con juegos de voz que desfiguran por completo los sonidos que emitimos.....

El fondo de la caverna, de finísima arena, se halla cubierto de huellas de ratones con su especialísimo olor, y de señales inequívocas de que los monos han dejado impresas sus manos, tan semejantes á las de los hombres. En varios sitios, además, existen antiguos vasos de mármol y altares destinados á los sacrificios budhistas.

También hay allí como á modo de largas y gi-

gantescas serpientes oscuras, que si se colgaran de la bóveda llegarían al suelo, que pueden pasar por cables enormes de reluciente bronce, tendidos desde la altura de esta nave, y son raíces de lianas, milenarias quizás, que exceden de todas las dimensiones conocidas. Los monos se permiten fingir que van á bajar por estas enredaderas hasta nosotros para vernos más cerca, y como familiares del santuario que son.

De repente cuatro bonzos en traje violeta, que llegaron detrás de nosotros, se presentan en el agujero que nos sirvió de entrada. Se detienen allí, primeramente á la puerta del corredor subterráneo, en la penumbra de color marino, pequeños, muy pequeños entre los dioses y los monstruos. Después, para llegar hasta nosotros, descienden con paso rítmico, reflejando poco á poco y cada vez más los matices verdes. Escena ultraterrestre, ingreso de espíritus en los cielos budhistas.

.....

«Es preciso beber, beber más y más *sam-chú*.»
Y este alcohol chino que Lee-Loo dice que es necesario para visitar á los dioses, y muy favorable

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormirnos. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

is

UN VETERANO.

..... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada oscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.